

NIÑO, SIEMPRE

por

Elliot Coen

La capa amarilla

Nunca he sido más feliz que aquella tarde de setiembre. La escuela en aquel entonces acostumbraba tener horarios alternos, algunos días de la semana nos tocaba por la tarde y otros por la mañana. Ese año nos habían asignado un par de días por la tarde y esta historia precisamente se da en un día de esos, mientras iba de camino de regreso a casa después de una tarde de clases.

Como muchas otras ocurrencias que hoy disfrutamos, como la jornada continua y los bancos trabajando hasta tarde, en aquellos años no existían las escuelas mixtas. Como que a nadie se le había ocurrido que hombres y mujeres podríamos compartir techo y maestro al mismo tiempo. Yo, como ya saben, estudiaba en la Juan Ra, solo para varones. En el mismo edificio operaba la Escuela Estados Unidos de Brasil, solo para mujeres.

Para la época de lluvias mi mamá nos metía en una capa color amarillo chillón para que nos viéramos. Así cuando sonaban el timbre y echábamos carrera éramos imperdibles, algo así como una página de un libro donde lo más importante estaba sobre rayado en amarillo. Eso éramos nosotros, los más importantes, por ello, nos ponían capas amarillas, para resaltarnos, para destacarnos, para priorizarnos.

Sobresalíamos de los maestros, de los padres que recogían a sus hijos, de las calles húmedas y grises, de las aceras estrechas y llenas de huecos, sobresalíamos de los

charcos inmensos que se formaban en las alcantarillas que no soportaban tal cantidad de lluvia. Por donde quiera que se nos ponía camino a nuestras casas, resaltábamos, por el amarillo de nuestras capas.

Esta tarde de martes o jueves, salí disparado cuando sonó el timbre de salida. Llegué a la puerta de la Escuela y vi aquella lluvia caer. No era una lluvia como la que todos conocemos, que moja pero no aterroriza. Esta era desafiante, peligrosa, intensa.

Apenas habían pasado unos minutos después de las cinco de la tarde y yo estaba, detenido, bajo el marco doble de la puerta principal de la escuela, observando aquel torrencial aguacero. Era tal la cantidad de agua, que hacía un enorme escándalo cuando golpeaba los techos. La lluvia se había apoderado de todo y el paisaje ya no era vívido como una tarde de verano normal, sino lúgubre, espeluznante. La tarde era perfecta para ambientar una película de suspenso. No se oía el zumbido de la ciudad, solo se oía llover. Los carros apenas circulaban, como asustados. Cuando respirabas no te entraban un montón de aromas sino un solo olor, olor a mojado. Todo estaba empapado. Se veía, se sentía, el agua se oía por todos lados.

Finalmente reaccioné.

¡La capa! - me dije.

Puse el bulto sobre el piso, me arrodille y lo abrí para sacar la capa que mamá me había insistido que echara porque ella garantizaba lluvia para ese día.

Al buscarla me topé con la terrible sorpresa ¡No está mi capa! ¡No puede ser! Entonces recordé que esa mañana, cuando ella me ordenó guardarla en mi bulto, con la certeza de quien conoce del tiempo mejor que nadie, yo me negué.

Ya ven. Me había equivocado, pero eso poco importaba. Los niños tenemos el privilegio de que no nos reprochan mucho cuando nos creemos sabios. A mí solo me lo reclamaban con un "se lo dije". A veces me caían bien mal pero me lo aguantaba. Que me quedaba. Lo cierto es que la capa no estaba en el bulto... Se me había olvidado.

Dios es mi testigo que no fue por desobediente sino por niño. Apenas tenía nueve años y la inteligencia solo me alcanzaba para recordar llevarme el Reporte de Progreso firmado y el almuerzo. Sumarle a eso la responsabilidad de llevar la capa ya era demasiado para mi edad.

Levanté mi bulto y me hice a un lado. Apoyé mi espalda a la pared y me quedé viendo como todos, Miranda, Molina, Restani, Carrillo, Muñoz, Cordero, todos, pero todos todos, se arrodillaban en el piso, abrían su bulto y ta-ra-rá, sacaban su capa amarilla.

En que tortón me había metido. Si no hubiera llovido no hubiera importado, pero llovía y qué manera de llover. Y yo sin capa. De todo se me vino al pensamiento.

Finalmente culpé a mi mamá diciendo: si ella no me hubiese advertido de seguro que no pasa nada. Es culpa de ella, por previsor. Sentencí.

Pero hallar un responsable no resolvía nada. Seguía lloviendo duro, durísimo, y yo tenía que irme para la casa. Para empeorar las cosas ahora la lluvia era acompañada por una rayería y para este momento mi preocupación era total.

Es que pónganse en mi lugar. Tenía motivos para estar bien asustado. Yo estaba acostumbrado a salir de clases y en la mismísima puerta encontrarme a Quique mi hermano mayor o a Ete, nuestra niñera, que venían a acompañarme hasta la casa. Sin complicaciones, sin temores. Mis papas lo tenían todo resuelto. Hasta nos compraron una capa amarilla a cada uno para que nos distinguiéramos.

Pero yo tenía meses de insistir que ya tenía nueve, suficientes para viajar solo. Ese año, mis tatas me habían dejado usar pantalones largos pero no fue hasta después de las vacaciones de medio año que empezaron a dejarme viajar solo a la escuela, sin adultos que me acompañaran. Pero ese día, además de los adultos, tampoco estaba mi hermano. Él tenía como una semana de no ir a clases por culpa de unas paperas que habían invadido el barrio. Yo me había salvado de las paperas pero en ese momento prefería haberlas tenido y así estar en casa, aunque fuera hirviendo en calentura y con la cara deforme, pero en casa. Cualquier cosa era mejor que encontrarme ahí, en el pasillo de entrada de la escuela, con esa lluvia que asustaba hasta a los profes. Imagínese si era

temible la lluvia que la Niña Patricia hasta se persignó antes de abrir su sombrilla y echar carrera bajo aquel torrencial. Aquel era un aguacero digno de encomendarse a Dios.

Ya éramos pocos los que quedábamos en el zaguán de entrada de la Escuela y yo no podría seguir ahí eternamente. Tenía que hacer algo.

No sé de dónde me entró el valor pero decidí hacerle frente a ese mal tiempo. Solo y desarmado como me encontraba frente el aguacero, seguí el ejemplo de la Niña Patricia. Y mientras me llevé la mano derecha a la frente para decir "en el nombre del Padre, del Hijo y del..." eche carrera. En aquella desordenada carrera, el bulto me rebotaba en la barriga hasta que tuve que parar. Es que era como si te estuviesen dando de golpes en el estomago. El bulto iba bien cargado de libros y con cada brinco que yo pegaba el bulto me arreaba. Además, aun sin el bulto golpeandome no hubiese aguantado unos metros más. Definitivamente mi gordo cuerpo no estaba hecho para tanto trote. Como si fuera poco, los anteojos se me habían empañado y no veía nada. Entre mis ojos y el vidrio de los lentes se formó una nube que casi casi me dejó ciego. Así acepté que, empapado como estaba, lo mejor era seguir caminando tranquilamente.

La Escuela queda a cien metros del Paseo Colón. Yo corrí hasta ahí. Cien largos metros bastaron para que no quedara nada seco en mi agotada humanidad. La lluvia se metió entre mi camisa y me bajo por los calzoncillos mojando todo, léase bien, todo. Los zapatos estaban llenos de agua y cada vez que daba un paso podía ver como el agua se rebalsaba. De la carrera y el susto la respiración la tenía agitada. Empezaba además a

tener frío. En ese estado de disminución humana en que me encontraba apenas pude quitarme los lentes y guardarlos dentro del bulto.

Ya había concluido que correr no era la mejor idea, así que me dispuse a seguir el rumbo a casa caminando como lo hacía siempre. De por sí ya no era posible que me mojara más. A esas alturas yo mismo era una cascada. La lluvia caía sobre mi pelo y de ahí bajaba a chorros. No sé si ustedes habrán tenido la oportunidad de meterse detrás de una catarata. Yo sí lo hice una vez con mi tata. El chorro te da en la cabeza y como que rebota separándose un poco de tu cara de forma que se hace un espacio seco entre tu vista y el agua, es como ver el chorro desde atrás. ¿Me entendés? Pues así veía yo el aguacero. Es que no tienen idea la clase de baldazo que estaba cayendo esa tarde. Era impresionante.

Crucé el Paseo Colón. No es como ahora que es imposible. En aquellos tiempos pasaba un carro cada buen rato y un bus con cada muerte de obispo. Incluso se podía hasta jugar bola, puro y cuartel inglés y los carros no estorbaban.

En la zona de seguridad aun no había semáforo peatonal. Eso fue hasta un año después. En esa época era nada más llegar, ver a la izquierda, luego a la derecha, otra vez a la izquierda y empezar a andar. Así de fácil se cruzaba. Aun con lluvia como ese día no era tan peligroso.

El cruce peatonal quedaba a media cuadra. Justo al frente de la casa libanesa. Ahí yo tomaba hacia la derecha buscando la gasolinera de los Piedra que esta sobre la calle 24 y el Paseo Colón, diagonal a lo que en aquel entonces era la Mercedes Benz.

Justo ahí había una parada de buses. En ese momento estaba un bus de Sabana Estadio estacionado. Me acuerdo del nombre Edwin Roberto, igual que un compa de la Juanra. El bus me quedaba a mi derecha. Cuando ya llevaba como la mitad del bus vi salir de atrás del bus dos chiquillos más empapados que yo. El pelo escurría agua y sus camisas estaban tan empapadas que su piel mojada se les veía a través del blanco de sus uniformes de escuela. Eran de otra escuela, de la Fidel Tristán que queda más hacia la Sabana, en Pitahaya. No los conocía pero tenían una cara de felicidad que yo jamás había visto. Y aunque para esa edad yo puedo asegurarles, sin temor a rajarse, que yo era un niño extremadamente feliz, sentí envidia de ellos.

Esos niños tenían una cara que toda era carcajada. Reían con un entusiasmo que contagiaba. El agua les corría por la sonrisa y ellos, no se inmutaban, más duro reían. Yo me quede observándolos. Vi como se acercaron a otro niño que estaba en la acera y uno de ellos le dio un neumático que cargaba bien inflado y junto con el otro salieron corriendo, empapados, dirección a la Sabana.

Cada niño tenía un neumático en su mano derecha. El que se quedó se volteó para verlos alejarse. Yo estaba unos pocos metros atrás de él. Al rato el niño se recostó en la

pared. Aun la felicidad se le veía en toda su existencia. Hasta se encorbaban de tanta risa que les salía. Di unos pasos y me pare al lado.

A estas alturas yo ya era un niño valiente. Claro que sí. Había resuelto enfrentar ese aguacero desarmado como estaba. Sin mi capa amarilla me había echado a andar solo rumbo a mi casa. Eso solo los valientes como yo lo hacían. Por ello, tuve el valor de preguntar:

- ¿Que hacen?

- ¿Querés probar? Me respondió.

No pude ni responder porque el chiquillo inmediatamente me dijo:

- Vení, seguime, y echo carrera para la gasolinera. A mí no me quedo más que seguirlo.

Cuando llegamos le dijo al llanero:

- Ya encontré compa, señalándome.

El llanero le dio dos neumáticos como los que tenían los otros niños. Me dio uno y echó carrera. Yo agarré el neumático igual que él y me puse a correr tras sus pasos.

Íbamos por la acera paralelos al Paseo Colón. El aguacero era tanto que el agua llegaba a la altura de las puertas de los carros. Corrimos como 200 metros. Ahí en la gasolinera la calle estaba más honda. Los carros disminuían mucho la velocidad y algunos estornudaban, como si estuviesen resfriados.

A pesar del entusiasmo mis dotes de atleta nunca salieron. Llegué jadeando detrás del chiquillo. Ahí estaban los otros dos.

Me saludaron con un levantón rápido de mentón que yo correspondí inmediatamente.

- ¿Qué? Pregunto mi compa. ¿No aparece bus todavía?

- Si quieren denle Ustedes primero dijo uno.

- Juega. Digo mi compa.

Estábamos por la cantina del obelisco. Así se llamaba porque justo ahí hacia algunos años habían puesto un obelisco para embellecer la principal avenida de San José, como el que hay en la Place de la Concorde, en Paris, igualito, pero más chiquito. Eso quedaba unas tres cuerdas para el oeste de la casa Libanesa, siempre sobre el Paseo Colon, donde había encontrado a estos personajes.

Ahí también había otra parada de bus. Un poco de gente con sus sombrillas multicolores y sus paraguas aburridos esperaban el bus. Nosotros estábamos un poco atrás, como al final de la fila. Al rato un bus llegó y mientras la gente subía mi compa me jaló del brazo y me llevó detrás del bus. Ahí puso el neumático sobre el agua y se sentó. El me hizo como un ademán para decirme que hiciera lo mismo.

Tiré el neumático al suelo, me senté en él. Me sorprendió que flotara pero era tanta el agua que caía esa tarde que había llenado la calle.

Mi compa estiró sus manos para agarrarse del bumper del bus. Yo hice lo mismo. No había pasado un instante cuando el bus echó a andar. Nosotros empezamos a flotar tras el bus. Conforme hacía sus cambios de marcha y agarraba más velocidad, la risa de mi compañero apareció. Cuando el bus iba como en tercera, la sonrisa de mi compa ya le llenaba todo el rostro, igual que cuando les ví la primera vez saliendo de detrás del bus. Yo estoy seguro que a mí también se me veía la misma sonrisa.

Es que no era para menos. Estábamos surfeando en el Paseo Colón. Conforme el bus aumentaba la velocidad el neumático flotaba más y más y sentías como que levitabas. Ahora el agua te venía por todos lados pero poco importaba. El bus alcanzó una velocidad respetable y volví a ver a mi compa que gritaba extasiado, enloquecido por aquella sensación hermosa y sublime. Al rato me gritó:

- Soltate. Él lo hizo al tiempo que me lo decía.

Yo obedecí y levante mis brazos como simulando alas para sostener el vuelo que recién empezaba. Dentro de mí florecieron sensaciones que jamás había sentido. Ahí comprendí que esa sonrisa que traían esos chicos venía desde muy profundo de ellos mismos. Seguro que yo también la tenía. Ahora mi cara también era una carcajada completa.

El neumático giró sobre sí mismo una y otra vez. Seguíamos detrás del bus, embrutecidos. Alzaba mi vista al cielo para que la lluvia me golpeará derecho a la cara a ver si despertaba de aquel sueño, pero no, no era sueño. Era el mejor juego que jamás nadie había inventado. Habíamos vencido a la naturaleza.

Le había ganado a la lluvia que tanto me había aterrorizado. Así, desarmado como estaba, sin mi capa amarilla. Habíamos convertido una tarde gris en el más colorido de nuestros días.

Nos tiramos unos cinco veces cada uno, hasta que entró la noche. Pasamos agradecidos a dejar los neumáticos donde el llanero. Ahí cogí sobre calle 24 hacia casa, cuesta arriba. Mis compas siguieron directo.

No supe sus nombres. Nunca más los volví a ver pero fueron los compas que me enseñaron a reírme de los malos días.

Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; cuando cruces los ríos, no te anegarán.

Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni las llamas arderán en ti.³ Yo soy el

Señor, tu Dios. Yo soy tu salvador, el Santo de Israel. Isaías 43:2-3